James Ellroy

El caso Wylie-Hoffert

Flash

El caso Wylie-Hoffert

James Ellroy

Flash

¡¡¡¡¡EL ASESINATO DE DOS CHICAS DE CARRERA SACUDE LA GRAN MANZANA!!!!!

El caso Wylie-Hoffert, informe reimaginado

Al final lo resolvimos y lo dejamos todo en orden. El contratiempo de Brooklyn dejó un hedor imperecedero. Hicimos polvo a un inocente. Sucumbimos a un consenso emponzoñado. El crimen nos horrorizó, el ambiente nos confundió, todo el país se volvió loco de remate simultáneamente. Janice y Emily eran solo una pequeña parte del asunto.

Pero eran nuestras. Eran totalmente nuestras, para llorarlas y vengarlas.

Es como en esa película, Laura. *Una mujer muere asesinada de un tiro de escopeta que le borra las facciones de la cara. Un inspector de policía se prenda de un retrato de la mujer. Esta aparece viva. De ahí surge una unión de carne y sangre.*

El caso Wylie-Hoffert fue esa película metamorfoseada. No había retrato. Nos apañamos con las fotos del lugar del crimen y unas instantáneas antiguas. Estas alimentaron nuestro colosal enamoramiento.

Eso no justifica nuestra mala praxis. Eso no nos absuelve de lo que le hicimos a George Whitmore. En este relato se presenta el amor como motivo fundamental de lo mucho que se torcieron las cosas.

1

NUESTRAS CHICAS

El tiempo y el lugar nos arrastraron. A plena luz del día, en el Manhattan de postín. No era un barrio de mala muerte como Queens. Ahí tenemos sin ir más lejos el caso de Alvin Mitchell, alias «El Monstruo».

Eso había ocurrido hacía un mes. Ahí tenemos el titular del *Daily News*: ADOLESCENTE CONFIESA ASESINATO DE CHICA DE QUEENS EN SU HABITACIÓN.

El Monstruo era un panoli, miembro de una banda juvenil. Era la noche de un viernes y andaba ocioso. No había llegado a concretarse una reyerta callejera. *Cherchez la femme.* Fue en busca de alguna nena, pero se cansó. Acabó emborrachándose con un compinche. Forzaron la entrada de la escuela pública n.º 177. Robaron pelotas de voleibol, balones de fútbol y tijeras. El compinche robó un Chevrolet del 61. El Monstruo estaba al loro de que tal chica se quedaba a dormir en casa de tal otra. Calle Ciento cuarenta. Barbara Kralik y otra quinceañera.

Retiró la mosquitera del porche y subió. Barbara se despertó y chilló. El Monstruo la cosió a tijeretazos y huyó.

Un acto absurdo y previsible. Pero aquí hablamos de la calle Ochenta y ocho con Park. Aquí hablamos de un edificio con conserje de seguridad. Aquí hablamos de víctimas de cierto nivel.

Janice y Emily sí tenían pedigrí. La compañera de piso superviviente, Pat Tolles, ídem de ídem. Janice trabajaba en la sección de recortes de *Newsweek*. Pat hacía labores de investigación en *Time-Life*. Emily tenía en perspectiva un puesto de profesora a partir de ese otoño.

Janice contaba 21 años. Pat y Emily, 23. «Chicas de carrera»… sí, por el momento. El pedigrí decide el destino. No habrían tardado en encontrar buenos partidos y casarse, eso estaba cantado.

Miércoles, 28 de agosto de 1963.

Esa fecha merece recordarse. Señalémosla: la jarana por los derechos civiles/Washington, D.C. «¡Libertad ya!» y «¡Venceremos!». El D.C. hasta los topes de ingenuos con buenas intenciones. Cobertura en televisión todo el día.

Se desplazaron hasta allí cincuenta mil manhattanitas. La Gran Ciudad pasó a ser la Ciudad Fantasma. Las chicas de carrera se quedaron en casa.

Pat se marchó a *Time-Life*. Emily salió a hacer recados. Janice cambió de turno con una compañera de trabajo. Estaba previsto que fichara a las 11.00.

No se presentó. Eso causó alarma. Un empleado telefoneó al piso de Wylie/Hoffert/Tolles y no obtuvo respuesta. El empleado llamó por el interfono a la madre de Janice. La señora Wylie y su marido Max vivían en el piso contiguo.

La señora Wylie se sorprendió. No sabía dónde estaba Janice. Dio al empleado el número del trabajo de Pat Tolles y telefoneó a Pat ella misma.

Pat se extrañó mucho. Pensó en Emily y telefoneó a una amiga de esta, Susan Rothenberg. Emily y la señorita Rothenberg habían quedado para comer. La señorita Rothenberg dijo que Emily no se había presentado. Pat le dijo que estaba buscando a

Janice Wylie. Que le pidiera a Emily que telefoneara si tenía noticias de ella.

El día: todo llamadas de perplejidad y conexiones fallidas. Pat Tolles fue en metro a casa y llegó a las 18.25. Sería noticia de primera plana el viernes. Ahí tenemos el *Daily News*:

A LA CAZA DEL LOCO QUE ASESINÓ A LAS CHICAS. He ahí a Pat, deshecha, justo por debajo del pliegue. Comparte página con Alvin Mitchell, «El Monstruo». El Monstruo aparece iluminado en claroscuro. Despide vibraciones de Maníaco Sexual Adolescente.

Pat entró en el edificio y subió en ascensor a la planta 3. Abrió con su llave la puerta 3-C. El piso estaba en silencio. Se encontró una iluminación ambiental/camino del crepúsculo/nadie en casa.

La puerta de servicio de la cocina estaba entreabierta. Por la mañana ella había echado el pasador de dicha puerta. Dos habitaciones daban al pasillo central. Una era la de Emily. Tenía dos camas individuales. Pat compartía la otra habitación con Janice.

Salía luz del cuarto de baño de Emily. Pat entró en la habitación de Emily. Pat vio *lo siguiente*:

Ropa, libros, papeles y cartas, todo tirado por el suelo. Dos maletas abiertas en la cama contigua al pasillo. La cama contigua a la ventana sin sábanas. Los cajones de la cómoda abiertos, el contenido tirado: monedas, paquetes de tabaco, rulos de pelo.

Pat retrocedió. Pat entró en el cuarto de baño, al otro lado del pasillo. Pat vio *lo siguiente*:

Un cuchillo en la repisa del lavabo. Mango de madera/hoja de 30 centímetros/un único trazo de sangre.

Pat fue corriendo a la cocina. Telefoneó a su novio y le informó de lo que había visto. El joven dijo que salía hacia allí. Pat colgó y marcó el número de la comisaría del distrito 23. La

llamada sacó de su letargo al inspector Martin Zinkand. Pat le informó de lo que había visto. Zinkand dijo que unos inspectores acudirían *ya*. Acto seguido Pat telefoneó a los Wylie.

Pat puso al corriente al señor Wylie. El señor Wylie dijo que iba para allí volando. Pat colgó y corrió escalera abajo.

Esperó delante del edificio. La venció la impaciencia y corrió adentro. Esperó frente a la puerta del piso 3-C.

Llegaron los Wylie. Max Wylie tomó las riendas de la situación. Era esa clase de hombre.

Examinó la habitación de Emily. No se inmutó en ningún momento.

Nosotros deberíamos haber llegado allí antes. *Nosotros* podríamos haber bloqueado la puerta. Max Wylie se suicidó al cabo de diez años. Nosotros podríamos haberle abreviado ese recuerdo de buen principio.

Confluimos. Un aviso en banda ancha lo anunció. El piso 3-C estaba a pleno aforo.

Llegaron policías de patrulla. Llegaron Marty Zinkand y John Lynch. Apareció el inspector jefe Larry McKearney. Acudieron en tropel altos mandos de la policía.

Acudieron fotógrafos de la policía y técnicos dactiloscópicos. El dormitorio de Emily era la zona cero. El inspector Lynch hizo inventario. Tomó nota de *lo siguiente*:

Las dos camas, la ropa tirada, los libros y los papeles tirados. Las maletas en la cama de Emily. Los cajones de la cómoda abiertos y el contenido desparramado.

Lo mismo que vio Pat. Ahora añádase *lo siguiente* a eso:

El estrecho hueco entre la cama del fondo y la pared exterior. Dos cadáveres cubiertos con una manta de lana azul. Max Wylie

había tapado a Janice y Emily y se olvidó de que lo había hecho.

El inspector Lynch retiró la manta. Janice estaba desnuda, Emily vestida. Janice yacía boca arriba. Una tira de tela blanca le sujetaba los tobillos. Manchas de sangre seca le oscurecían los muslos. La habían destripado. Los intestinos se le desparramaban por el abdomen.

Janice tenía las muñecas atadas con una tira de tela. Tenía el rostro y el cuello ensangrentados. Presentaba una única herida de arma blanca en el pecho.

Emily llevaba una falda verde. Tenía empapadas en sangre las prendas del torso. Tenía ensangrentados la cabeza y el cuello. Yacía de costado vuelta hacia Janice. Tiras de tela blanca le ceñían las muñecas y los tobillos. Las dos estaban amarradas la una a la otra mediante jirones de la colcha de color verde azulado. En los antebrazos y las muñecas se veían los nudos de las ligaduras.

Un radiador, a escasa distancia. Encima de este: dos grandes cuchillos de trinchar, las hojas de ambos partidas.

En el suelo, al lado:

La punta de la hoja de un cuchillo. Un tarro abierto de crema para la piel Noxzema. La tapa del tarro, a un par de metros.

Añádase *lo siguiente* a eso:

El cuello de una botella de Pepsi rota. Una colcha verde. Una compresa. Unas bragas negras. Jirones de sábana empapados en sangre. Las gafas de Emily ensangrentadas. Otro trozo de la hoja de un cuchillo.

Esquirlas de cristal. Un radiodespertador desconectado. El reloj detenido a las 10.37.

Llegó el ayudante del forense. Examinó los cadáveres. Tomó nota de *lo siguiente*:

Janice: siete cuchilladas en el corazón, genitales untados de

Noxzema.

Emily: la yugular seccionada; cortes en las muñecas y las palmas de las manos, indicio de agresión con arma blanca y posterior forcejeo.

El forense lo anotó todo. Los técnicos dactiloscópicos espolvorearon superficies. Los fotógrafos tomaron imágenes.

Max Wylie telefoneó a los padres de Emily, que vivían en Edina, Minnesota. Llegó una ambulancia. Cuatro hombres cargaron los cadáveres y los trasladaron al depósito.

Ahora es la 1.30/jueves/29-8-63.

El *Post* saltó sobre la noticia. El titular del jueves: SE INTERROGA A LOS AMIGOS DE LAS CHICAS ASESINADAS. La página 8 incluía dos semblanzas de puro relleno. Janice recibía más tinta.

Emily era una chica del montón, Janice era espectacular. Emily «soñaba con dar clases». Janice era la chica con veleidades artísticas que tenía un trabajo molón en *Newsweek*.

Janice ocupaba el doble de letra impresa. Establecía el tono. Max Wylie y Pamela, la hermana, elogiaban a Janice. Era una chica con estrella. Había hecho papeles protagonistas en las obras de teatro del colegio y en los festivales de verano. Había actuado en pequeñas salas hasta la saciedad.

Es el imprimátur artístico de la familia Wylie. Max Wylie: novelista, guionista, publicista. Hermano de Philip: crítico literario y autor de *Generación de víboras*. Max Wylie transmitía una sensación de pesadumbre *e* insinceridad. Entre sus declaraciones, *solo* una sonó a verdad. Dijo: «Nunca se cansaba, nada la agotaba, seguía adelante, siempre adelante».

SESGO…

La situación era: *NOSOTROS* en busca de Janice y el malvado

soplapollas que la había matado. Daba la impresión de que *Janice* era la víctima principal. Daba la impresión de que *Emily* era una baja secundaria.

Aquello olía a trabajo de rastreo. Estrechar el círculo en torno a las chicas e ir de delante hacia atrás. Investigar a amigos, rivales, resentidos, amantes y pretendientes.

Iniciamos el interrogatorio a posibles testigos en la zona. Empezamos por el propio edificio. Peinamos el 57 de la calle Ochenta y ocho Este y llamamos a las puertas de los inquilinos de nueve plantas. No reunimos pruebas válidas. El patio trasero flanqueaba edificios de la calle Ochenta y nueve. Surgieron unas cuantas pistas falsas. Resultado neto: allí nadie vio ni oyó una mierda.

Estudiamos el edificio. El inspector Lynch lo recorrió. Esa mañana Pat Tolles había echado el pasador de la puerta de servicio de la cocina. Esa tarde encontró entreabierta dicha puerta.

La escalera de servicio contigua bajaba al vestíbulo y al sótano. La puerta de servicio del vestíbulo tenía una cerradura de seguridad e impedía el acceso a las plantas superiores. Las dos puertas del sótano daban al patio. Ninguna estaba cerrada con llave. Desde la cocina del 3-C a la planta baja: doce metros de altura. Dicha altura descartaba la ventana de la cocina como vía de entrada o salida.

El único acceso posible era, pues, la puerta principal del piso. Janice y/o Emily dejaron entrar al asesino. O un ladrón forzó la puerta principal.

Solicitamos que se examinara esa cerradura. Un inspector de la Brigada de Robos en Locales y Cajas Fuertes la analizó con un microscopio. Detectó arañazos en el borde inferior del pestillo de resorte.

Aun así…

Aquello no olía a allanamiento. Olía a *CRÍMENES PASIONALES VIOLENTOS.*

En el edificio había conserjes. Los turnos iban desde temprano por la mañana hasta las 22.00. Abordamos a los del primer y último turno y obtuvimos cero resultados. Abordamos a los repartidores y a los operarios contratados por el edificio. A lo mejor alguno había hecho un apaño en el 3-C. Echó una ojeada por el piso y se puso cachondo con las chicas. Obtuvo acceso legal o ilegal y trató de promover un poco de ñaca-ñaca. Entonces la cosa se torció *muuuuuuucho*.

Pat Tolles nos facilitó una lista de los trabajadores. Los abordamos a todos. El resultado: más cero.

El forense realizó las autopsias de Emily y Janice. Las chicas presentaban traumatismos craneales y murieron por heridas de arma blanca. Aquella botella de Pepsi rota. Golpes en la cabeza. Las ligaduras con tiras de sábana y colcha. Repetidas cuchilladas. Las hojas partidas de los cuchillos de trinchar. Armas improvisadas a mano.

Emily murió virgen. Eso determinó el forense. No dijo ni mu respecto a Janice.

Tanto el informa como esa omisión alimentaron nuestra indignación y nuestro colosal enamoramiento.

Viernes. Gran revuelo en la 2-3.

Acaparamos la sala de operaciones tácticas. El jefe McKearney presidió. El inspector jefe adjunto Coyle hizo acto de presencia. El supervisor Tom Reneghan asignó las tareas.

El sargento Bill Brent hizo acto de presencia. Estaba al frente de la Brigada 2-3 de manera provisional. El capitán Frank

Weldon hizo acto de presencia. Tenía bajo su mando varias brigadas de la división. John Lynch y Martin Zinkand hicieron acto de presencia. Habían participado en el caso desde el primer momento.

McKearney ordenó *lo siguiente*:

Volvamos a interrogar a los posibles testigos del barrio. Hurguemos en los *TRAPOS SUCIOS.* Contactemos con el Departamento de Investigación Criminal para verificar la existencia de posibles tarados con ese modus operandi: maníaco sexual/allanador. Contactemos con el pabellón psiquiátrico del Bellevue para verificar si se ha dado de alta a alguien recientemente. Verifiquemos las multas de tráfico impuestas en la calle Ochenta y ocho y las manzanas adyacentes. Verifiquemos los registros de las compañías de taxi. Abordemos a los agentes del Sistema de Transporte Público y preguntémosles si han visto en el metro a algún usuario ensangrentado.

Los técnicos dactiloscópicos levantaron nueve juegos de huellas en el piso. Siete fueron identificadas como de familiares y amigos. Dos juegos eran desconocidos.

Hostiguemos a los ladrones habituales del barrio. Hostiguemos a los yonquis del barrio. Tomemos las huellas a todas las sabandijas que abordemos. Pongámonos en contacto con los amigos de las chicas. Indaguemos en las vidas amorosas de las chicas. No olvidemos a posibles mujeres psicópatas. Aquí podría haber un móvil lesbo.

Fiebre de caso importante/Santo Grial/licencia para cazar.

Determinación de cazadores. Absolución en caso de rebasarse los límites.

La reunión informativa proclamó: Causa Sagrada. La gloria vengativa y la tentación pecaminosa nos reclamaron en masa.

Armamos ruido.

Desplegamos la brigada 2-3. Trajimos a Homicidios y Allanamientos de Manhattan norte. Se trasladó a agentes de Homicidios del Bronx y de Brooklyn sur. De Brooklyn norte: Eddie Bulger, hombre de mano dura.

Reunimos a *más* polis. Sumábamos ciento cincuenta en total. Fiebre de caso importante/operativo de captura importante/guerra relámpago.

El nuevo interrogatorio a posibles testigos reveló una mierda. Habilitamos una línea de teléfono para informantes. El *Daily News* publicó el anuncio. «¿Puede ayudar a la policía?». Telefonee al SA2-4448 para facilitar cualquier soplo. Encima del recuadro: *«A la caza del visitante misterioso que asesinó a las chicas».*

Alguien había hecho llamadas anónimas a Janice. Marcaba el número del trabajo y salía con lo de «Fóllame, nena». El *Daily News* describió a Janice como «una belleza rubia de ojos verdes». Dedicamos muchas horas de trabajo a la pista del llamante anónimo, y nada de nada.

La línea de teléfono para informantes proporcionó soplos de puta pena. *Newsweek* ofreció una recompensa de diez de los grandes. Una mujer de *Newsweek* se chivó de un colega que se dedicaba a pellizcar culos. Le había pellizcado el culo a ella. Le había pellizcado el culo a Janice. Contrastamos las huellas del hombre de los culos y lo sometimos a la prueba del polígrafo. Resultado: cero.

Max Wylie manifestó un comportamiento extraño. Apareció en una serie de programas de radio y planteó diversas hipótesis. Propuso la creación de un ejército cívico formado por ejecutivos.

Afloró un enfoque lésbico. Lo notificó Max Wylie.

Investiguemos: la recepcionista de una clínica dental tiró los tejos a Janice; una lesbi de un salón de belleza, ídem de ídem. Ambas pistas quedaron en nada. Una tercera pista dio pie a carcajadas.

Janice conocía a una presunta marimacho, según rumores. La mujer vestía a sus mascotas, unos monos, con ropa de bebé y los sacaba a pasear en un cochecito de niño. El inspector Zinkand vio el numerito. Esa pista se convirtió en humo.

En el edificio de Wylie-Hoffert tenían consulta seis psiquiatras. Revisamos los historiales de sus pacientes y encontramos cero.

Estudiamos detenidamente el archivo central de pervertidos sexuales. Figuraban bichos raros de todo tipo y se describían en detalle sus perversiones.

Abordamos a hombres que cagaban en los lavamanos de los servicios y a exhibicionistas. Abordamos a sobones de metro y a bujarrones.

También a:

Allanadores drag-queens, chaperos, piloneros psicópatas. Hombres cuyo modus operandi era untar crema para la piel.

Resultado neto: *CERO*.

El Departamento de Policía mantuvo vacío y cerrado el 3-C. Los inspectores recorrieron y reestudiarion el lugar del crimen. El chabolo permaneció intacto. Se posó el polvo. Los bichos royeron las manchas de sangre seca. El hedor a escabechina persistió.

Tictac, tictac, tictac.

El reloj del Caso Importante. Diciéndonos que echemos el guante a ese hijo de puta *YA*.

Investigamos a los habituales del robo con fuerza y a los yonquis de la zona. «La zona» situaba el piso de la muerte en su contexto. La calle Ochenta y ocho Este era el Upper East Side, un

barrio de postín. Yorkville se encontraba al norte y el este. Vivían pelagatos alemanes e irlandeses. Al norte de ahí: el Harlem hispano. *Muchos* puertorriqueños, *muchos* habituales del robo con fuerza y yonquis.

Elaboramos una lista de hostigamiento. Fue así como dimos con Ricky Robles.

Vivía en la calle Noventa y tres, entre la Primera y la Segunda avenidas. Contrastamos sus huellas y dio negativo. Abordamos a Ricky igualmente. Antes leímos su historial.

28-1-60: trincado por recibir bienes robados y por rastros de pinchazos en la piel. Ricky tiene 17 años. Reconoce haber cometido cien robos y allanamientos. Su territorio principal: el Upper East Side. Retrocedamos en el tiempo: es el 23/9/59. Ricky golpea a una mujer con una pistola en la calle Sesenta y seis Este.

28-4-60: Ricky es condenado. Lo mandan a Elmira. Le conceden la libertad condicional el 3/6/63. Actualmente cuenta 20 años.

Abordamos a Ricky en la 2-3. Trajo a dos agentes de libertad condicional. Por el Departamento de Policía de Nueva York: los inspectores Zinkand y Lynch, los tenientes Frank Sullivan y Tom Cavanaugh. También presentes: los inspectores Walter Donlin y David Downes. Estos trincaron a Ricky en el año 60.

Ricky era un mierdecilla guapete. Complexión delgada, facciones agraciadas. Enseñó los brazos. ¿Lo ven? Ni rastro de pinchazos.

Sus agentes de la condicional lo pusieron por las nubes. Recluso modélico en Elmira. Terminó el instituto allí dentro. Ahora tenía un buen trabajo de tornero en el Bronx. Muy apreciado en su empresa. Vivía en casa de su madre.

Zinkand se centró en su paradero el 28/8/63. Ricky contestó

que esa semana la fábrica había cerrado. A su madre le entró la fiebre de la limpieza. Lo puso a trabajar el miércoles. Fregó la escalera después del desayuno. Ayudó a pintar el chabolo por la tarde. Su madre y una amiga de esta, Dolly, lo vieron trabajar.

El interrogatorio no dio para más. Zinkand y Lynch fueron a preguntar a la madre de Ricky ese día. El salón de la madre estaba hasta los topes de vecinas del barrio. Miraron de arriba abajo a Zinkand y Lynch. La madre confirmó la versión de Ricky. Se acordaba de ese miércoles. En televisión pusieron la gran marcha por los derechos civiles. Las vecinas reconfirmaron la versión de Ricky. Recordaban que pasó la fregona por la escalera.

La coartada colectiva dejó libre de toda sospecha a Ricky Robles. Ricky salió tan campante del caso.

El otoño del 63 prosiguió su *aplastante* avance. Trabajamos en el caso y no quitamos ojo a Max Wylie y su enloquecido dolor. El mundo exterior nos desconcertaba y entristecía. Las chicas de color muertas en el atentado con bomba en una iglesia de Birmingham. 22 de noviembre y Jack Kennedy muerto.

Jack el K era *de los nuestros*. Traspongámoslo al instituto Cardinal Hayes y a la Universidad Fordham. Démosle una placa y una mesa en la sala de la brigada. Jack el K nos hacía reír. Lo suyo eran el buen whisky y los puros. Lo recordábamos en misa. Le perdonábamos sus opiniones permisivas. Era de los nuestros a fuerza de *imaginación*.

El caso Wylie-Hoffert avanzaba a *paso de tortuga*. Nos quedamos atascados en la vida amorosa de las chicas. «Las chicas» quería decir *Janice*. Emily era la fea del baile. Casi nunca salía con chicos. Se le adjudicó el papel de hermana menor desolada. La familia Hoffert lloró la pérdida en silencio mientras que los Wylie nos asediaban. Éramos los psiquiatras post

mórtem, y Janice yacía en el diván.

Anécdota, percepción, análisis. Los Wylie fueron los ventrílocuos de Janice y sacaron a la luz su querida presencia y su irreflexiva naturaleza.

Tertulias con café en el piso de los Wylie. Amigos interrogados y reinterrogados. Elaboramos un retrato en telesketch. Estudiamos la agenda de Janice. Advertimos muchos nombres masculinos.

Film noir. Janice Wylie era la mujer muerta retratada al óleo. Pero nunca regresaría viva.

Film noir. La mujer vestida de negro tiene las respuestas. El hombre amnésico tiene que *saberlo*.

Nosotros éramos ese hombre. Transmitíamos nuestra posición común telepáticamente. Éramos sin duda cruzados y proclives al pecado en interés de una causa superior. La pregunta «¿Quién *eras*?» era lo que nos impulsaba. La venganza en masa palpitaba trémula a medio paso de distancia. Éramos religiosos y galantes y vendíamos amor como deber cumplido y amor como fe profesada. Estábamos predestinados a ese enamoramiento colosal.

Nuestras chicas nos otorgaron pleno derecho de posesión y una licencia acorde para husmear. Emily cedió el papel protagonista. Eso lo determinó el lugar del crimen. Janice estaba desnuda, y Emily vestida. En todas nuestras reconstrucciones, Janice aparecía como víctima principal. Eso implicaba que el *SEXO* era el móvil dominante. Eso implicaba seguir el rastro de todo rumor sexual y abordar a todos los hombres de su vida.

Su acuciante impulso romántico. Su fatuo don para ser el centro de atención. Su inclinación por los hombres autodestructivos.

Los Wylie facilitaron nombres. También los amigos,

compañeros de trabajo, colegas de la escuela de teatro. La agenda, ídem de ídem.

A Janice le gustaban los hombres «interesantes». Interprétese eso como volubles. Interprétese eso como personas con veleidades artísticas insatisfechas.

El hijo de un magnate, un musculitos de genio vivo y ofuscado por la bebida. Un tironero y atracador «reformado». Un seudoperiodista intrigante. Tres aspirantes a escritores misántropos que compartían piso.

Janice se veía con hombres en el Madison Pub. Janice se veía con hombres en el bar del hotel Stanhope. Janice se veía con hombres en el Stork Club y el Right Bank. Janice tenía cientos de citas. Max Wylie dijo que Janice iba a *miles* de fiestas.

Janice, la autodramaturga. Janice y los festivales de teatro de verano. Janice engulle Sominex en una actuación que es un grito de socorro.

El bombón de ojos verdes se desmadra. El mierdecilla del asesino truncó sus posibilidades de madurar y dejar atrás sus alocadas diabluras. No la consideramos una casquivana o una puta. Janice fue presa de *La Belle* Nueva York y de la doctrina de la familia Wylie: Fatuidad Secular y Dios Subsumido por el Arte.

Janice y Emily confluyeron en la muerte. Janice y Emily divergían en las sencillas trayectorias de sus respectivos credos. Emily depositó su fe en la eficacia de quién era y quién podía llegar a ser. Max Wylie fue quien mejor describió la diferencia. De Janice dijo: «Seguía adelante, siempre adelante».

Como los ciento y pico inspectores de la ciudad de Nueva York. Como los hombres víctimas de aquel enamoramiento colosal.

El año 1963 se esfumó. Las pistas no llevaron a ninguna parte. El purgatorio. Nuestras chicas en algún lugar inalcanzable allá

arriba. Su asesino allá abajo, fuera de nuestro alcance.

Transustanciación. Para nosotros, sus almas se habían fundido. Ya no nos era posible distinguir la exuberancia de Janice y la rectitud de Emily.

Ahora el agotamiento socavaba nuestra fiel determinación. Ahora la amargura sustentaba nuestra devoción.

He aquí el emponzoñado consenso.

2

EL HERMANO GEORGE

Digresión:

Brownsville, en Brooklyn. Antes un enjambre de gángsteres judíos, ahora una barriada de negros. Antes traperos empujando carritos, ahora tipejos con navajas automáticas. Enclave de la comisaría 7-3. Antes un nido de problemas, ahora un nido de disturbios.

Martes, 14/4/64, a eso de las 2.00.

Minnie Edmonds es acuchillada y violada en un callejón. Es una mujer de mediana edad, es negra, es aficionada a empinar el codo. Tiene la tráquea seccionada, tiene la falda remangada, tiene las bragas por debajo del cuerpo. Un vecino telefonea a la 7-3 y denuncia el hecho.

Acude al lugar el inspector Dick Aidala. Deduce que se trata de un asunto del barrio. Aborda a los hombres en la vida de Minnie Edmonds y no llega a ninguna parte.

El homicidio recibió cero atención de la prensa y la televisión. A la mierda Minnie Edmonds. Era una borracha de color.

Dick Aidala se encargó del caso Edmonds. Su compañero fue el inspector Joe DiPrima. El caso estaba en punto muerto.

Digresión:

Jueves, 23/4/64, a eso de las 00.30.

Otra vez Brownsville. Elba Borrero camina por Bristol Street.

Es enfermera en un hospital. Se dirige a casa desde su parada de metro.

Un hombre la acecha. Se acerca cada vez más. Elba Borrero grita. El poli de ronda Frank Isola la oye.

Acude. Ve a un hombre y una mujer alejarse por en medio de la calzada de Bristol. El hombre rodea con un brazo el cuerpo de la mujer. Quizá sea un abrazo, quizá sea un secuestro.

Isola va tras ellos. Se escabullen los dos por un callejón. Isola los sigue y enciende su linterna. Ve *lo siguiente*:

La mujer está contra un muro de ladrillo. El hombre sostiene el bolso de ella. Se encuentran a unos ocho metros.

La mujer grita. El hombre ahoga una exclamación y echa a correr. Isola da la voz de alto. El hombre hace caso omiso. Isola dispara una vez. La bala se pierde. Isola persigue al hombre y se queda rezagado.

Persecución a pie a toda velocidad. El sospechoso lleva la delantera. Isola va unos treinta metros por detrás.

Dispara otras tres veces. El sospechoso afloja el paso pero aprieta de nuevo a correr. Isola pierde más terreno. El sospechoso escapa.

Isola dedujo que lo había herido. Buscó un rastro de sangre y no encontró nada de nada. Regresó junto a Elba Borrero y le tomó declaración. Ella describió al asaltante:

Varón negro/de 20 a 25 años/1 m 75/70 kg. Cuadraba con las observaciones del propio Isola sobre el incidente: 1 m 75/75 kg/ pantalón oscuro, chaquetón tres cuartos de color habano.

La señorita Borrero dijo que el hombre amenazó con matarla. Ella consiguió arrancarle un botón del abrigo. Isola cogió el botón y lo guardó en una bolsa.

Regresó a la 7-3. Informó al inspector John Grace. El inspector Grace se marchó a toda prisa para ir a confirmar el testimonio de

Elba Borrero.

Isola volvió a su ronda. Buscó de nuevo el puto rastro de sangre, también en vano. Ya eran las 6.00. Isola vio a un chico negro acurrucado en la puerta de una lavandería. Se encontraba a una manzana del sitio donde se había producido todo el follón del robo del bolso.

Isola buscó manchas de sangre en un radio más amplio y pasó otra vez por delante de la lavandería. Ya eran las 7.00. El chico seguía allí. Isola lo abordó.

Entra George Whitmore.

George dijo que estaba esperando a su hermano. Iban a pedir trabajo en la descarga de sal. Isola insistió sobre el altercado de esa noche. George dijo que oyó disparos en Amboy con Sutter. Un tipo dobló de pronto la esquina y casi lo derribó. El tipo le rogó: «¡Escóndeme de la bofia!». George se negó. Isola solicitó una descripción. George describió al tipo:

Negro/alto/robusto/piel oscura. De 23 a 26 años.

Llegaron el hermano de George, Shelley, y otros dos chavales. Isola dijo a los cuatro que se dieran el piro. Se largaron hacia Schoenfeld Salt. Isola se largó a cumplir con sus funciones de control del tráfico en los cruces cercanos a colegios. Ayudó a cruzar la calle a niños durante media hora y regresó a la 7-3.

Puso al inspector Grace al corriente de su conversación con George Whitmore. El chico se topó con las secuelas del altercado de la noche anterior. Grace tomó nota y abrió un expediente del caso. Metió el botón del chaquetón en la carpeta. La dejó allí para su relevo del turno de día: el inspector Dick Aidala.

SESGO…

Aidala trabajaba en la violación-asesinato de Minnie Edmonds. Elba Borrero fue asaltada a solo una manzana del lugar del crimen. Aidala se centró en George Whitmore.

Informó al inspector Joe DiPrima. Se presentaron en Schoenfeld Salt y abordaron al jefe. El hombre dijo que no había oído hablar de ese Whitmore.

Aidala se puso en contacto con Frank Isola. ¿Podría identificar a ese chico, Whitmore? Isola dijo que por supuesto. Se reunieron a la mañana siguiente. Vigilaron la lavandería desde el coche de Aidala. George Whitmore apareció.

Era corto de alcances. Veía mal. Había perdido las gafas allá en su pueblo y no tenía pasta para unas nuevas. Presentaba marcas de acné. Medía 1 m 68 y pesaba 60 kg. No coincidía con las descripciones del sospechoso dadas por Borrero e Isola.

Le faltaba un mes para cumplir los veinte. Tenía pinta de endeble y cerrado de mollera.

Había emigrado desde Wildwood, en la costa de Nueva Jersey. Su viejo empinaba el codo y regentaba una chatarrería, y su vieja iba a la iglesia. Wildwood era un pueblo turístico de mucho postín. Crecía en verano y menguaba con el frío. Wildwood no estaba mal, pero uno se aburría allí. No acabó los estudios. Le entró el hormiguillo, y tenía familia en Brownsville. Le proporcionaron un techo hasta que se convirtió en un estorbo. Tenía una novieta y de vez en cuando se quedaba en su casa. Ella vivía con sus viejos. Ellos a veces le dejaban quedarse. La chica a veces lo dejaba colarse. Actualmente dormía al raso.

Su nuevo chabolo fue la comisaría 7-3. Elba Borrero había venido y se había ido. Se pasó cinco horas examinando álbumes con fotos de delincuentes fichados. No reconoció a su agresor.

Dick Aidala fue a buscarla otra vez. La instaló en una sala provista de mirilla en la puerta. Colocó a George al otro lado de la puerta.

La señorita Borrero examinó a George y lo identificó. Pidió oírle hablar. Aidala dio el pie a George. Este dijo: «Cállate o te mato. Creo que primero te mataré y luego te violaré».

La señorita Borrero confirmó su identificación.

Aidala puso a George bajo arresto. Obvió el procedimiento. Prescindió de la rueda de reconocimiento. Se fio de una identificación aislada. George no coincidía con la descripción que la señorita Borrero había dado en el lugar de los hechos.

Aidala registró a George. Cribó la morralla de sus bolsillos y encontró dos fotos de chicas blancas. En una aparecían dos chavalas en un Pontiac descapotable. Una rubia cañón posaba subida al asiento trasero. Aidala preguntó a George quién era. George contestó que era una chica de Wildwood. Su padre era el dueño de una escuela de equitación. Antes solían ir a montar juntos.

Aidala lo dejó estar. No se rio de lo que sin duda era una fantasía de chico pobre de color. Aidala había trabajado por un breve tiempo en el caso Wylie-Hoffert. La rubia de bandera no le sonó de nada.

Metió a George en una sala de interrogatorio. Llegó el inspector DiPrima. Frank Isola salió y volvió con café y pan con mantequilla. DiPrima recurrió a su labia y le aflojó la lengua a George.

George negó el intento de violación. Dijo que no había visto nunca a esa mujer.

DiPrima volvió a recurrir a su labia. Hizo hablar a George con solícita paciencia. Aidala e Isola permanecían allí sentados. El pobre alfeñique absorbía *amoooooor*.

Toda aquella labia tenía un precio. George era muy impresionable. DiPrima dejó caer el importe. Puede que te trinquemos, puede que no. Pero tienes que contar la verdad.

Así que George confesó. Todo se reduce a: *él* lo dijo/no, *él* dijo/ahora declaraciones contradictorias.

Tenemos la declaración inicial de George Whitmore. Tenemos las notas de Aidala y DiPrima. No hay transcripción grabada. Aidala enseñó el botón que Elba Borrero había arrancado del chaquetón del violador. George reconoció que era suyo. La señorita Borrero encontró un lápiz mecánicoportaminas en el callejón. Dijo que el violador lo sostenía contra su garganta. No era un cuchillo, como había afirmado inicialmente.

George confirmó esa contradicción. Sí, ese portaminas es mío.

George confesó. Más tarde se retractó. Dijo que Aidala le dio un puñetazo en el estómago e Isola le golpeó en la espalda y los hombros. El inspector DiPrima estaba de su lado. Pensaba que papá Joe les ajustaría las cuentas.

Se presentaron dos mirones. Los inspectores Charles Fazio y Eddie Bulger, Homicidios, Brooklyn norte.

DiPrima pasó directamente al caso de Minnie Edmonds. Era Violación/Asesinato. Proximidad/acceso/ejecución.

DiPrima se centró en la cuestión de la *proximidad*. Chester Street: en la ruta a casa de Elba Borrero. Chester Street: el lugar del crimen de Minnie Edmonds. George quedó desconcertado. DiPrima hizo hincapié en que allí fue agredida una mujer. George vio lo que quería papá Joe y dijo que *él* la agredió.

Así que George confesó.

Todo se reduce a: *él* dijo/no, *él* dijo/notas de dos inspectores. Todo se reduce a preguntas capciosas *o* respuestas voluntarias y veraces de George. Se reduce al gran deseo de George de complacer a DiPrima y su posterior negación de toda culpabilidad.

Acechó a Minnie Edmonds y se abalanzó sobre ella. Forcejearon. Le revolvió el bolso y no encontró dinero. Sacó el

cuchillo. Le hizo un corte en la cara y la apuñaló en el pecho.

Luego le quitó las bragas. Luego se abrió la bragueta e intentó tirársela. Luego oyó un ruido y salió por piernas.

DiPrima se centró en el arma del crimen. George describió el cuchillo: hoja lisa, mango negro, emblema de la pantera. Frank Isola sacó una navaja similar. George dijo que era exactamente igual que *su* cuchillo. George dijo más tarde *lo siguiente*:

Los polis dejaron de pegarle cuando confesó.

Entonces, George, ¿dónde está ahora el cuchillo?

George dijo que lo dejó bajo la escalera de entrada de una casa. Aidala organizó un convoy policial. Entre los polis asignados: Charles Fazio y Eddie Bulger.

Eddie B. estaba recién salido del caso Wylie-Hoffert. En esos momentos Eddie B. tenía a un reo detenido por él en el corredor de la muerte. David Coleman/varón negro/fecha prevista para freírlo en la silla eléctrica 10/8/64. Coleman confesó ante Eddie B. Coleman dijo que recibió patadas en las espinillas y golpes en la cabeza.

El convoy se detuvo en dos casas de Amboy Street. No encontraron *ningún* cuchillo bajo la escalera de entrada.

De vuelta en la 7-3. Almuerzo en la sala de tormento: George, Dick Aidala, Joe DiPrima. George raja sobre sus merodeos nocturnos. Anda por ahí espiando a las mujeres. Sube a las azoteas y observa.

De vuelta a la faena.

Aidala telefonea a la fiscalía de Brooklyn. Envíen un ayudante del fiscal. Tenemos aquí a un violador/homicida.

Los polis llevan a George al 215 de Chester. George reconstruye el asesinato de Edmonds.

De vuelta en la 7-3. He aquí uno de esos momentos en los que gira la bisagra del destino.

Fazio y Bulger criban la morralla de George. Examinan su cartera. Hay una foto. Fijémonos en la rubia de bandera en el Pontiac.

Bulger piensa que se parece a Janice Wylie.

El consenso crea un plan de acción y la voluntad de confluir hacia fines idénticos. La confabulación exige una sola conciencia sintonizada en una sola longitud de onda. Los polis son empiristas testarudos propensos a la corazonada mística. Todos lo reconocemos cuando lo vemos y la mayoría vemos las mismas cosas.

George Whitmore. Viernes, 24/4/64. El triplete placa de oro/un solo día.

Elba Borrero: robo de bolso/intento de violación. Minnie Edmonds: violación/asesinato. En curso: caso Wylie-Hoffert.

Llegó Edward Alfano, el ayudante del fiscal. Lo mandamos de vuelta, en el acto. Acabábamos de dar con una pista caliente de un caso al otro lado del río. Dick Aidala le explicó *cuál* era esa pista. Alfano casi se cagó.

Esas fotos. *La* foto. Janice Wylie, *sin duda*. Al dorso: «Para George, de Louise». Al lado un número de teléfono.

Eddie Bulger trituró a George. Joe DiPrima, Dick Aidala y Frank Isola miraban. Bulger preguntó a George de dónde había sacado las fotos. George dijo que las había encontrado en el vertedero de Wildwood. Bulger le preguntó quién había escrito al dorso. George dijo que había sido él. Todo puro farol. Quería fardar de que esas chavalas eran novias suyas.

Bulger se cachondeó. DiPrima aconsejó a George que dijera la verdad. George cambió de relato. Contó una mentira conmovedora.

La chica rubia de Jersey. Su padre era dueño de un rancho. Le

dejaba montar a caballo gratis.

Bulger manifestó incredulidad. George volvió a cambiar su relato. Dijo que robó la foto. Estaba en la casa de la chica. La chica y su padre habían salido fuera. Agarró la foto de una mesa.

Bulger manifestó incredulidad. George volvió a cambiar su relato. Esta vez hay *dos* versiones. La *oficial*: la robó de un edificio de apartamentos. *¿Dónde?* En la calle Ochenta y ocho.

Extraído de la declaración de retractación de George Whitmore:

Joe DiPrima lo intimidó. Joe DiPrima le comió la cabeza y *SUGIRIÓ LO SIGUIENTE*:

La sacaste de un chabolo de la calle Ochenta y ocho.

George capituló. George dijo: Sí, lo hice.

Bulger y DiPrima se trabajaron a George. Dick Aidala hizo de mirón. *Retrocedamos en el tiempo, George. El verano pasado, finales de agosto, aquel último miércoles. ¿DÓNDE ESTABAS?*

George dijo: Wildwood. Hotel Ivy. Pasaba muchos ratos allí.

Esa respuesta no coló. Bulger y DiPrima le propusieron *Brooklyn.* Te apetecía darte un paseo en tren, George. Tomaste un tren y te bajaste en la Cuarenta y dos con la Octava. Eso está en Manhattan, George. Fuiste a pie hacia el norte y el este, hasta la calle Ochenta y ocho.

Viste un edificio. Subiste a la tercera planta.

Entraste por la puerta entornada de la cocina.

Cogiste tres botellas de refresco vacías.

Registraste el dormitorio. Una chica salió del baño. Llevaba una toalla ceñida a la cintura. Por lo demás, iba desnuda.

La chica gritó. Te echaste encima. Le pegaste. Cayó entre la cama y la ventana. Te excitaste.

Le quitaste la tela del cuerpo y la rompiste en tiras. Alto ahí, George dijo «tela» cuando él acababa de decir «toalla». Vale, George:

la ataste de pies y manos. Entonces apareció otra chica. Dijo: «¿Tú quién demonios eres?», y gritó. La golpeaste con una botella y perdió el conocimiento. La ataste con tiras de las sábanas. «Toalla», «tela», «sábanas». ¿Con qué, George?

Las chicas estaban inconscientes. Las ató una a la otra. La Chica n.º 2 se despertó y gritó. Él corrió a la cocina y agarró unos cuchillos. Volvió corriendo al dormitorio y rajó a la Chica n.º 2. Rajó a la Chica n.º 1 en el abdomen.

Se limpió en el cuarto de baño. Se lavó las manos y el cuchillo ensangrentado. Afanó la foto de la Chica n.º 1.

Eh, alto ahí. ¿Y la Chica n.º 1 y la crema para la piel Noxzema?

Corrió escaleras abajo. Atravesó el vestíbulo y salió a la calle Ochenta y ocho Este. Fue hasta Park y dobló hacia el sur. Llegó a la calle Cuarenta y dos y volvió en metro a Brooklyn.

Así fue como George admitió su culpabilidad en el caso Wylie-Hoffert. Después afirmó que la poli lo manipuló y lo obligó a confesar. Ataste a las chicas, ¿eh? Sí, claro, por qué no. Las rajaste, ¿eh? Sí, claro, por qué no. Oigan, me da igual. Llevan encima de mí todo el día y ya estoy cansado.

La sala de operaciones tácticas se llenó. La voz corrió de algún modo. El consenso se difundió. Nos presentamos allí todos.

Observamos. Bulger y DiPrima se trabajaron a George. Lo fueron guiando para que diera detalles y llenara los huecos. Ya lo tenían fichado por los cargos de Edmonds y Borrero. El triplete se cernía sobre él.

Se hicieron llamadas de radio. Joder, ha quedado *DEMOSTRADO*. El inspector subjefe Carey. El inspector jefe adjunto Coyle. El inspector John Lynch. George hizo un dibujo del chabolo de la muerte. Después dijo que la poli le había indicado cómo hacerlo.

Apareció el jefe McKearney. El teniente Cy Regan, ídem de ídem. El teniente John Currie, ídem de ídem.

Bulger enseñó a Lynch la foto de Janice. Lynch expresó sus dudas.

McKearney llamó a cónclave. Nos apiñamos. Bulger leyó sus notas. Lynch expresó sus dudas: los detalles no cuadraban. McKearney dijo: Allanemos el puto camino. Bulger y DiPrima volvieron a machacar a George.

Allanemos el puto camino. Aglutinemos el consenso. Ahora estamos MUY cerca. El cabrón lo ha admitido, es un puto violador, aligeremos.

Las dudas se atenuaron, las dudas se subsumieron, las dudas siguieron palpitando de todos modos. McKearney quería que se desmintiera o se confirmara.

Bulger y DiPrima apretaron las tuercas a George. Insistieron en el rollo sexual. George admitió lo de la Noxzema. George dijo más tarde: Bulger amenazó con darle una patada en los huevos.

John Lynch condujo hasta Manhattan. Enseñó la foto a los señores Wylie. Estos dijeron: No, esa no es Janice.

Dos ayudantes del fiscal se presentaron en la 7-3. Saul Postal/Brooklyn, Peter Koste/Manhattan. Bulger y DiPrima los pusieron en antecedentes. Postal se ocupó del interrogatorio en relación con Brooklyn. Interpeló a George sobre los casos Edmonds y Borrero. George estaba agotado. No se acordaba de lo que había dicho antes. DiPrima le refrescó la memoria.

El interrogatorio en relación con Manhattan arrancó a las 2.00. Pete Koste leyó a George sus derechos. Había una taquígrafa a punto.

Koste *condujo* a George al piso de la muerte. Koste *ayudó* a George a limar discrepancias sobre la marcha. Koste *ayudó* a George a construir su relato. George identificó a Emily Hoffert como madre de Janice Wylie.

George describió los asesinatos. Describió heridas de arma

blanca inexistentes. Koste le preguntó por qué bajó la persiana de la ventana del dormitorio. George dijo: «Si volvían en sí, se levantarían». George había dicho antes que había acuchillado a las dos chicas repetidas veces. Las chicas muertas no se levantan.

El interrogatorio concluyó. John Lynch regresó. Fue a buscar a Eddie Bulger. Explicó que había enseñado la foto a los Wylie y a la hija que les quedaba. Una amiga de Emily, Susan Rothenberg, vio la foto. Había unanimidad: esa no era Janice Wylie.

Era lo que queríamos, y lo conseguimos. Era nuestro enamoramiento colosal reducido a violación en grupo de fraternidad estudiantil.

No era posible resucitar a nuestras chicas con oraciones y pensamientos tiernos. Nuestro ferviente estudio de sus vidas no aportó solución alguna. El horror y el patetismo de George Whitmore nos enfervorizó al principio y nos embruteció al final.

George no parecía la solución adecuada. Carecía de la elemental malevolencia que podía explicar un crimen así. Al final, nada de eso tuvo la menor importancia. Empezamos a ver a George desde otra óptica.

Él señaló nuestra intolerancia y nuestro ensañamiento. Nos echó en cara el pecado de la indiferencia y nos recriminó con una voz elevada directamente a Dios.

George compareció en el juzgado de lo penal de Brooklyn. Zinkand y Aidala lo custodiaban. Borrero y Edmonds: cuatro delitos graves en total.

El juez asignó a George un abogado de oficio. Abogado y cliente deliberaron.

Jerome Leftow enseñó a George un periódico. Los titulares

proclamaban que había admitido los crímenes del caso Wylie-Hoffert. George lo negó. Abogado y cliente deliberaron. Leftow dijo al juez que George se retractaba de *todo* lo confesado. Dijo que las declaraciones se habían realizado bajo coacción.

George fue enviado al centro de detención de Brooklyn. El jurado de acusación corroboró los cargos. Quedó en el aire una cuestión: ¿quién procesa antes, Brooklyn o Manhattan?

El jurado de acusación de Manhattan corroboró los cargos el 6 de mayo. George fue trasladado a Bellevue el 8 de mayo. Debía ser sometido a un reconocimiento psiquiátrico.

George era noticia de primera plana. Se lo vituperaba en extensos artículos. Max Wylie escribió un largo texto: «25 sugerencias para una chica sola en Nueva York».

Entra Melvin Glass.

El señor Glass era un ayudante del fiscal de Manhattan. Un inspector de la 7-3 le dijo que allí había algo turbio. George parecía sumiso y maleable. Bulger y DiPrima lo aplastaron. Glass leyó la confesión de George. Advirtió que no aportaba información nueva. Daba la impresión de que iban dictándoles las respuestas.

Glass consultó con el Departamento de Homicidios de la fiscalía. Varios inspectores leyeron la confesión y coincidieron. Se decidió que la investigación debía proseguir.

Empezaréis por aquí. ¿Estaba realmente la foto de la rubia en el piso de Wylie-Hoffert?

George se sometió a reconocimiento psiquiátrico. El Tribunal Supremo de Estados Unidos dictaminó que estaba en su sano juicio. 15 de junio: el tribunal se remitió al caso Escobedo. En esencia: tienes derecho a un abogado desde el minuto uno.

Los inspectores Zinkand, Lynch y Connolly buscaron pistas en favor de la inocencia de George. George había ofrecido una

tercera versión sobre la rubia de bandera de la foto. Dijo que la encontró en el vertedero de Wildwood. Zinkand, Lynch y Connolly examinaron la foto. Solicitaron la colaboración de botánicos y guardabosques para que les ayudaran a localizar el paisaje de fondo. Finalmente lo situaron en el bosque estatal de Belleplain.

Examinaron los anuarios del instituto y trataron de identificar a la rubia. Lo lograron. Era una joven ama de casa de Wildwood. Zinkand, Lynch y un agente de Wildwood se presentaron en su puerta. La mujer reconoció la foto… y a sí misma. Se la hizo justo después del baile de graduación, 1956. Fue con unas amigas a Belleplain.

Confirmada la cordura de George, fue enviado de nuevo a Brooklyn. El juicio por el caso Borrero se había fijado para primeros de noviembre.

Corrió un rumor. La acusación de Manhattan no se sostenía. Ese chico, Whitmore, no se sostenía como sospechoso del caso Wylie-Hoffert.

Zinkand, Lynch y Connolly peinaron Wildwood. Dieron con tres chicos. Dichos chicos confirmaron la coartada de George.

Pasó el 28/8/63 en el hotel Ivy. *Todo el mundo* recordaba ese día. En televisión retransmitieron la gran marcha por la libertad. George no se despegó del televisor del vestíbulo. George estuvo allí todo el día.

Wildwood se encontraba a muchos kilómetros de la zona alta de Manhattan. Esos chicos dejaron clara la inocencia de George en el caso Wylie-Hoffert. No así en los casos Edmonds y Borrero. Y Edmonds equivalía a una sacudida en la silla eléctrica.

3

RESURGE RICKY

Digresión:

Otoño del 64. El caso Wylie-Hoffert zigzaguea. George Whitmore queda libre de toda sospecha. Mérito de Melvin Glass, John Lynch, Marty Zinkand. El fiscal de Manhattan se muestra cauto. Brooklyn aún tiene a George cogido por los huevos. Una desestimación con respecto al caso Wylie-Hoffert dejaría a George en *muuuuuy* buena posición allí. *Pero…* el fiscal de Manhattan es un puto cagado.

Una peste a mierda llega al Departamento de Policía de Nueva York. Melvin Glass y Pete Koste aprietan las tuercas a Eddie Bulger, el hombre de mano dura. La identificación falsa de la foto por parte de Eddie ha sido la causa de todo el caos relacionado con Whitmore. Bulger tiene a un chico negro en el corredor de la muerte. Más peste aún. El chico también es corto de alcances, como George. El chico dijo que Eddie le sacudió. Se le ha concedido un aplazamiento de la ejecución y podría escurrir el bulto.

Peste a mierda. Pagas por tus pecados en esta vida. Nuestro tiempo es ahora.

Corre el mes de octubre. Una hambruna de droga azota Nueva York. La gran «H» escasea. 8 de octubre: un camello de mierda se carga a un drogata de mierda en la calle Cien Este.

La víctima: Roberto Cruz Del Valle. El asesino: Nathan Delaney. Cruz era puertorriqueño. Delaney era negro. Delaney apuñaló a Cruz en la cabeza. Todo apuntaba a un asunto de drogas. Caso abierto y cerrado.

Echamos el guante a Delaney y lo trajimos a la 2-3. El inspector Patrick Lappin le hizo de niñera. Delaney dijo que tenía una información de primera mano y pidió la presencia de un fiscal.

Como anticipo *lo siguiente*: ese Whitmore no rajó a las chicas de carrera. *Él* sabía quién lo hizo.

El inspector Lappin transmitió el mensaje. Pasaron diez días. Nathan Delaney mantuvo a buen recaudo su as en la manga.

19 de octubre: reunión en el despacho de Pete Koste. Presentes: Koste, Delaney, Melvin Glass. Inspector Lappin, Marty Zinkand.

Delaney exigió inmunidad total. *¿Entendido?* Me voy *de rositas* por lo de Roberto Cruz Del Valle. Koste dijo que lo intentaría. Delaney expuso la historia y se reservó el nombre.

28/8/63. En algún momento antes de las doce del mediodía. Cierto drogata colega suyo irrumpe en su chabolo. Dice que acaba de cargarse a dos chavalas. Tiene la camisa y el pantalón manchados de sangre. Le da a Delaney un poco de pasta para comprarle droga. Delaney va a buscarla y vuelve. El tipo pregunta si la pasma puede rastrear esperma en el cuerpo de una chica. Delaney dice que lo duda. El tipo dice que obligó a una de las chicas a mamársela.

Forzó la entrada. Encontró a una chica en la cama. Luego apareció la chica de las gafas. Intentó arrebatarle las gafas. La chica se resistió y dijo que quería *verlo* bien para poder *identificarlo*. Supo que tenía que matarlas. Les rompió la crisma con unas botellas de Pepsi y las mató a cuchilladas.

Koste lo presionó para sacarle el nombre. Delaney presionó para cerrar el trato. Koste telefoneó a la fiscalía y lo consiguió. Delaney delató a Ricky Robles.

Marty Zinkand no se sorprendió. La coartada de Robles ya era poco sólida trece meses atrás. La historia de Delaney era creíble. Trajeron a comisaría a su mujer, también drogata, y la confirmó.

Trincamos a Robles esa noche. Lo llevamos al despacho de Pete Koste. Nathan Delaney estaba presente. Delaney repitió la historia. A eso siguieron gritos y epítetos.

Robles lo negó todo. Tuvimos que soltarlo. No eran más que habladurías. Nuestro informante era un camello/asesino.

Delaney ofreció a Koste una declaración de 23 páginas. Salió de rositas por el crimen de Cruz. El jurado de acusación accedió a no presentar cargos.

Richard Robles: identificado de manera creíble por la muerte de nuestras chicas.

Contaba casi 23 años. Tenía un coeficiente de inteligencia alto. Conocía a los Delaney desde el 56. Nathan lo metió en el consumo de caballo. Pasó por esa etapa de descontrol en el 59-60.

Detalles clave:

Forzó la entrada en un chabolo de la calle Noventa Este y encontró a una mujer durmiendo. Esta se despertó. Habló con ella y *casi* la tocó. A la mujer le entró un ataque de pánico previolación y él se abrió. Después entró en otros pisos.

Golpeó a una mujer con una pistola. Retuvo a una pareja por la fuerza. Se puso cachondo con la mujer, ella lo rechazó y él se largó. Lo trincaron en casa de sus padres, 4/2/60. Admitió cien allanamientos y lo procesaron por nueve. Cumplió condena en Elmira. Salió en libertad, 3/6/63.

Wylie-Hoffert: 28/8/63. 19/12/63: retiran la condicional a

Ricky porque presenta marcas de pinchazos. Lo mandan de nuevo a Elmira durante ocho meses. Agosto del 64: el ladrón merodeador vuelve a la ciudad.

George pringa por Elba Borrero. El juicio concluyó el 18/11/64. El jurado se creyó la versión del inspector Aidala. *¡Pum!*: culpable de todos los cargos.

Ahora pendiente: el juicio por Edmonds.

Zigzag: Whitmore/Robles, Whitmore/Robles, Whitmore/Robles.

Ricky se tomó una sobredosis de barbitúricos en una fiesta. Pasó nueve días en el hospital. Durante su convalecencia, colocamos micros en su piso y en el de su madre. Queríamos que hablara y entrase en materia. Los Delaney accedieron a tender una trampa a Ricky.

Aquí la cosa tiene su riesgo. Es como si no hubiéramos aprendido nada de Brooklyn y el hermano George. Pusimos micros en el piso de Delaney. Obtuvimos el consentimiento formal de Nathan D. en Nochebuena. Eso daba legitimidad al asunto de cara al *tribunal. Ya, pero dejamos largarse tan campante a ese depravado de mierda tras cometer un asesinato.*

Alguien mantuvo a los Delaney bien abastecidos de droga. Era clandestina y *apestaba* a canales bajo mano del Departamento de Policía de Nueva York. Animamos a los Delaney a suministrarle a Ricky. Para qué andarnos con medias palabras: se lo *exigimos. Pellizcadlo/mortificadlo/aduladlo/engatusadlo. Metedle un chute con la debida sensatez. Inducidlo a admitir su autoría en el caso Wylie-Hoffart.*

Trajimos al inspector David Downes. Había trincado a Ricky por su orgía delictiva de 1960 y había conseguido establecer cierta relación con él. Ricky se puso en contacto con su abogado del año 60, Jack Hoffinger.

Montamos un puesto de escucha en el edificio de los Delaney.

Permanecía activo las veinticuatro horas del día. Aparatos de grabación, micrófonos en las paredes, equipo de escucha. Registramos toneladas de cháchara entre drogatas. Dio fruto semiproductivo el 14/1/65.

Ricky visita a los Delaney a las 23.55. La cháchara continúa. Ricky intuye y/o sabe que hay micros. Es un secreto a voces. El soplapollas habla como una cotorra igualmente.

Charla nocturna entre drogatas. Los Delaney lo incitan, Ricky responde. Es un relato embarullado por efecto de la droga *y* explícito. Noxzema, Tampax, mamada. Se airearon esas palabras. Nathan se inventa un cuento para justificar *por qué* le fue a la poli con el soplo sobre Ricky.

Venga, todo es mentira. Es su as en la manga. Es su moneda de cambio para capear acusaciones graves.

Más cháchara. Cómo superar la prueba del detector de mentiras. Más *lo siguiente*: le cargaremos los crímenes al pardillo de Bobby Diaz.

Ricky declara implícitamente que Emily se quitó las gafas. Además, Ricky dice *lo siguiente*:

«Si pudiera meterme en la cabeza que te inventaste eso y en realidad no pasó, podría hacer esa prueba».

La charla nocturna prosiguió. El último comentario de Ricky tuvo un efecto electrizante. Era *buuuuuuuuueno* para el tribunal.

Tictac, tictac, tictac, tictac, tictac…

La prensa nos incitó. El *Daily News* fue más o menos explícito el 24/1.

Arremetieron contra el fiscal de Manhattan. ¡¡¡Retira la acusación contra Whitmore *ya*!!! Insinuaban que *conocíamos* el nombre del asesino y lo dejábamos campar a sus anchas. Llamaban al asesino «Dickie». Era un «drogadicto de cara pálida».

Tictac, tictac, tictac, tictac, tictac…

La prensa seguía atentamente los casos Manhattan/Robles y Brooklyn/Whitmore. Un periodista del *Post* consiguió una filtración de un miembro del jurado del caso Borrero. El hombre dijo que los otros miembros del jurado hablaban rutinariamente de los casos Edmonds y Wylie-Hoffert. Eso transgredía las instrucciones del juez David Malabe. Y añadió *lo siguiente*:

Varios miembros del jurado hacían comentarios racialmente deplorables y difamaban a George Whitmore.

Eso coincidió con *lo siguiente*:

Los abogados de George envían un comunicado al juez Malabe. Aducen animadversión racial por parte de los miembros del jurado. Malabe ordena una vista pública y pide explicaciones al jurado. Los periodistas meten baza. El juez Malabe anuncia que emitirá un dictamen formal. Anuncia que el acusado debe ser sometido a un nuevo juicio.

Tictac, tictac, tictac, tictac, tictac…

26/1/65. Ricky Robles cae.

El teniente Tom Cavanaugh dio luz verde. Marty Zinkand se abalanzó sobre Ricky delante del bloque de apartamentos donde vivía su novia. Un taxi falso se detuvo. Zinkand cacheó a Ricky y lo arrojó al asiento trasero. Delante viajaban dos agentes de paisano.

Enfilaron hacia el norte por la Tercera Avenida. John Lynch subió al taxi por el camino. El teniente Cavanaugh y el sargento Tom Brent se subieron en la calle Noventa y tres. Los agentes de paisano se apearon y se dirigieron hacia la 2-3.

Digresión:

Llevaron a Ricky al chabolo de Delaney y le enseñaron los micrófonos. Ricky gimoteó y pidió lastimeramente la presencia de su abogado. Le apretamos las tuercas. Ricky presentaba

síndrome de abstinencia y vomitó. Lo instamos a confesar. Aparecieron Nathan y Marge Delaney, y también lo instaron. En la habitación contigua giraba la cinta de la grabadora. Mel Glass y Pete Koste escucharon y después se reunieron con nosotros. Ricky lloró y suplicó la presencia de su abogado. Lo hostigamos y le ordenamos que *CONFESARA.*

Apagamos la grabadora a las 18.11. Ricky estaba sin droga y más mareado que un puto mono en un tiovivo. Lo llevamos a la 2-3 y lo arrojamos a una celda de la comisaría. A la mierda Ricky y sus derechos. Sabíamos que era culpable. Eso era por Janice y Emily. Eso era por George.

Mel Glass recurrió a la labia con Ricky. Ricky pidió lastimeramente la presencia de su abogado. Mel obvió sus lamentos. Puede que Mel le recitara una versión abreviada de sus derechos, puede que no. Mel trataba de conseguir la exoneración de George Whitmore. A nadie le importaba un carajo lo que hiciera o dejara de hacer Mel.

Un periodista puso sobre aviso a Jack Hoffinger. El gran Jack se plantó en la 2-3 y mantuvo una larga conversación con su cliente. Luego deliberó con Glass. A partir de aquí todo es un tanto confuso.

Hoffinger telefoneó al jefe de Homicidios de la fiscalía. Presentó una queja por la detención de Ricky e hizo más llamadas. Abogado y cliente estaban en salas distintas. Ricky confesó supuestamente ante David Downes.

El chapucero intento de entrada por la fuerza. El acceso fortuito. Las botellas, los cuchillos, la Noxzema. Janice dijo: *POR FAVOR, NO ME HAGAS DAÑO.* Ricky decidió tirársela.

No funcionó. La obligó a mamársela. Aparece Emily. Ricky esgrime las botellas. Esgrime los cuchillos. La hoja de uno de ellos se rompe en la espalda de Emily.

Por favor, no me hagas daño.

Por favor, no me hagas daño.

Por favor, no me hagas daño.

El interrogatorio concluyó. Downes no tomó notas. Vinieron otros polis y le hicieron más preguntas. Jack Hoffinger acabó de hacer sus llamadas. Para entonces Ricky ya lo había soltado todo o tal vez no.

Downes y Zinkand procedieron a la detención de Ricky. Eran las 23.45. Ricky se veía tenso y angustiado. La prensa estaba allí, destellaron los flashes, se solaparon las preguntas. Es la foto de oro para los periódicos.

El fiscal de Manhattan retiró los cargos contra George. *¡Pum!*: desestimada la acusación en el caso Wylie-Hoffert. George tenía nuevos abogados en Brooklyn. El juez Malabe emitió su veredicto sobre el caso Borrero. A saber: «El tribunal concluye que no es posible la condena». Del *Daily News*: *«DROGADICTO ACUSADO DEL ASESINATO DE LAS CHICAS»*.

La repetición del juicio por el caso Borrero se postergó. Se fijó para quién sabe cuándo/si es que llega el día. El juicio por el caso Edmonds era inminente, en abril. George continuó en el trullo. La prensa se ensañó con el Departamento de Policía de Nueva York por todo el embrollo de Whitmore.

Nos lo merecíamos. La detención de Robles llegaba con un año y cinco meses de retraso. En la Asamblea Legislativa, algún cretino presentó un proyecto de ley para abolir la pena de muerte en el estado. Era una medida precipitada y reactiva. *Mea culpa*: esa era la verdadera acusación de nuestro George.

Nuestro George. *Nuestras* Janice y Emily. Ricky Robles detenido al fin por todos ellos. Arrastrábamos una fatiga de perros

reventados. George nos obsesionaba en masa. Él inspiró nuestra determinación de patada en la puerta y después la sofocó.

Se impuso una nostalgia colectiva. Deseamos estar de nuevo en el verano del 63. Jack el K era aún el presi. George estaba a salvo. Nuestras chicas habían muerto, pero encendíamos velas por ellas y jurábamos quemar a su asesino.

Jack Hoffinger preparó la defensa de Robles. El juicio por el caso Edmonds arrancó con una vista. El juez quería respuesta a esta pregunta: ¿Confesó George Whitmore bajo coacción?

George subió al estrado de los testigos. Vestía traje y corbata y llevaba sus gafas nuevas. Acto seguido subieron al estrado Dick Aidala y Joe DiPrima.

George describió aquella infernal noche del mes de abril. Fue convincente. Aidala y DiPrima lo desmintieron. El juez los consideró más convincentes. Dictaminó que George había confesado voluntariamente. Dijo que dejaría la resolución final al jurado. Por tanto: George sería encausado por las confesiones de los casos Edmonds y Wylie-Hoffert.

George a juicio, polis corruptos a juicio, mal vudú simbiótico. El juicio se prolongó mucho. El aluvión de datos y las disensiones intrascendentes adormecieron a los presentes en la sala. Dos votaciones del jurado precedieron al veredicto. Los resultados fueron 10 a 2 y 8 a 4 a favor de la absolución. Al final el jurado llegó a un punto muerto.

George permaneció en el trullo. El jefe Larry McKearney dimitió. El fiscal Aaron Koota dirigió una petición al Tribunal de Apelación: desestimemos los cargos del caso Edmonds.

El proyecto de ley sobre la pena de muerte pasó al Senado estatal. *¡Pum!*: 47 contra 9. El gobernador Rockefeller firmó la ley. La Comisión de la Policía anunció una investigación interna. *L'affaire* Whitmore caldearía los ánimos. Siguieron un sinfín de

dimisiones y jubilaciones.

Jack Hoffinger preparó el caso de Ricky Robles. Trabajó a contrarreloj. La madre de Ricky estaba muriéndose de cáncer. Aun así, el juicio de Ricky se fijó para otoño.

Ricky estaba pasando el verano en Bellevue. Ahora Ricky le debía la vida a George Whitmore. Gracias a George, la pena de muerte se fue por el sumidero. Ricky ya no podía morir en la silla eléctrica por el caso Wylie-Hoffert. Él habría dejado que George muriera. El malvado Ricky *merecía* freírse. La magnitud de su crimen exigía la *MUERTE.*

La señora Robles iba camino de la otra vida. Soportó dos interrogatorios en el hospital. La rodeaban médicos y abogados. Los fiscales Glass y Koste. El defensor Hoffinger. El malvado Ricky y su hermano. El juez de la causa Irwin Davidson.

Declaraciones en el lecho de muerte. Encaminadas a proporcionar una coartada a Ricky. Modestas ceremonias.

La primera declaración se truncó. La mujer empezó a desvariar. Mejor le fue la segunda vez. Repitió la coartada que había facilitado en la primera ocasión. Ricky se pasó aquel miércoles limpiando el edificio, y punto.

El juicio se convocó para el 1/10/65. Se leyó el informe de un psiquiatra. Dictaminaba que Richard Robles estaba en su sano juicio. Varios inspectores testificaron en relación con la confesión de Ricky. David Downes, John Lynch, George Brent. Los tenientes Sullivan y Cavanaugh, Marty Zinkand.

Zinkand dijo que Ricky *suplicó* la presencia de su abogado. Hoffinger saltó para protestar por esa declaración. El juez Davidson rechazó sus argumentos. El juez estaba de nuestro lado. Rechazó *toda* insinuación de comportamiento policial indebido durante los primeros cinco días del juicio.

El proceso continuó. Se eligió un jurado. Hoffinger lo

consideró inadecuado. El juez favoreció a la poli. El fiscal haría trizas las declaraciones en el lecho de muerte. Venga ya, pero si es su *madre*.

No presentamos ningún sospechoso sólido pre-Whitmore. Hoffinger carecía de testigos viables para crear una duda razonable. George Whitmore era la *única* opción de Hoffinger para tratar de suscitar una duda razonable.

Nathan Delaney testificó. Hoffinger lo contrainterrogó. Delaney testificó en relación con las confesiones de Ricky del 28/8/63. Fue algo sórdido. Hoffinger lo interrumpió. Delaney admitió su sórdida vida. La sordidez enlodazó la sala del juzgado. Hoffinger fracasó en su intento de excluir las cintas de la escucha. Se instalaron altavoces en la sala. El jurado oyó los fragmentos más condenatorios de la grabación.

Marge Delaney testificó. *Ufff*… más lodo… *¿U qué?*

George Whitmore testificó. Hoffinger lo interrogó. Negó haber matado a Janice Wylie y Emily Hoffert. Dijo que él no «confesó». Que todo le fue «sugerido».

Puto George. Ahora ofrecía un aspecto magnífico y más o menos adulto. Jack Hoffinger se vio superado. Su cliente era un yonqui/violador putrefacto. Corría el año 1965. Derechos civiles, *¡Libertad ya!*, Martin Luther King. George era Emmett Till y los chicos de Scottsboro resucitados.

Hoffinger tenía que demostrar la culpabilidad de George. Pete Koste y su codefensor John Keenan tenían que reafirmar su inocencia.

Todo giraba en torno a la confesión de George. Hoffinger llamó a declarar al ya retirado Eddie Bulger, el hombre de mano dura.

Respondió a las preguntas fáciles que le lanzaban. ¿Amenazó a George Whitmore? No, no lo amenacé. No fue coaccionado;

confesó voluntariamente. Entonces John Keenan entró a saco contra Bulger.

Demolió los métodos de Bulger. ¿No pone información en boca de los sospechosos? ¿No «ayudó» a George Whitmore a hacer un dibujo del piso de Wylie-Hoffert? ¿No lo indujo a hablar, no puso respuestas en su boca, no hizo promesas, no profirió amenazas?

No, no lo hice/No, no lo hice/No recuerdo.

Keenan fue implacable. Bulger era todos y cada uno de los cobardes bíblicos llamados a rendir cuentas por sus pecados. Era la voz trémula del oportunismo oficial. Prestó juramento con gesto arrogante y al final salió hundido. Abandonó el estrado de los testigos enjugándose las manos sudorosas.

A partir de ahí el juicio perdió gas. Después del espectáculo de George y Eddie, lo demás fue un muermo. Hoffinger leyó la confesión de George. *Bostezos.* Varios polis testificaron en relación con la participación de George en los casos de Brooklyn. *Bostezos.* He aquí la parte que nos encanta a todos los polis, aunque pocos lo reconozcamos.

Pagamos por nuestros pecados. Los medios los ratificaron. Confesamos nuestra brutal mala praxis y accedimos a la canonización de George Whitmore. Tras la expiación, la redención, con George a nuestro lado. Nos habíamos ganado el derecho a pisotear la ley en nuestra guerra contra Ricky Robles.

El alegato final de Hoffinger fue un polvo en seco. Reconstruyó aquel día de verano con plomífero detalle e insípida extrapolación. John Keenan cerró el espectáculo con la grabación de las declaraciones de Ricky reconociendo su culpabilidad. El jurado deliberó solo durante seis horas.

Culpable de todos los cargos.

El juez Davidson dictó sentencia. Ricky fue condenado a cadena perpetua y trasladado a Dannemora.

Al final lo resolvimos y lo dejamos todo en orden. Alguno podría echar cuentas y poner en duda esta afirmación. El amor reconstituido fue el camino que nos permitió seguir adelante.

Estos recuerdos proceden del diario de un inspector muy viejo. Son un producto de la memoria bruñido por la proximidad de la muerte. Es la suma de mi rememoración y mi atenta lectura de tres textos sensacionalistas. Periodistas indignados vivieron estos acontecimientos e informaron al respecto apasionadamente. Estoy en deuda con ellos, sea cual sea su interpretación de esta visión cristiana de la justicia que se torció y se enderezó.

Será Dios quien determine y, en última instancia, juzgue la integridad de mis percepciones y las valore desde su perspectiva omnisciente. El acto de fe exige tanto una convicción tenaz como una imaginación temeraria. Estos son los rasgos que definen a los inspectores cuya única voz he adoptado. El caso Wylie-Hoffert fue la gran aventura de nuestras vidas. Fue ahí donde nuestra fe prevaleció más imperiosamente y donde nuestras imaginaciones exhibieron mayor audacia. Mi función como último inspector vivo me otorga las prerrogativas del rango y la obligación de asignar un epitafio.

El suplicio de George Whitmore sirvió de base a la trascendental decisión Miranda. Esta se aprobó con carácter de ley en junio de 1966. George fue puesto en libertad bajo fianza al cabo de un mes.

La madre de Janice Wylie, Isobel, murió en 1968. Su hermana Pamela murió de una pulmonía un año más tarde. Max Wylie se suicidó en septiembre de 1973. Pat Tolles murió en 2011 a los 71 años.

La libertad bajo fianza de George fue revocada en febrero de 1972. Volvió a ingresar en prisión y fue puesto en libertad de forma permanente al cabo de unos meses. Murió en 2012. Contaba 68 años.

«Amigos, debo más lágrimas a este difunto de las que me veréis pagar».

El estado de Nueva York reinstauró la pena de muerte en 1994. Se abolió de nuevo en 2005. Ricky Robles sigue en prisión. Sostuvo que era inocente hasta 1986. Reconoció haber cometido los asesinatos en su segunda vista para una posible concesión de la libertad condicional. Ahora tiene 74 años. Aún sigue atrayendo susurros blasfemos.

La memoria. El insondable amor de Dios. La fe y la imaginación.

George en el estrado de los testigos. Sus ojos brillantes detrás de unas gafas nuevas. Consciente de que aún podía vencer.

Mis oraciones por Janice. Los fervorosos pensamientos que entonces me cegaron y ahora me es imposible recordar.

Emily. La vez que vi a aquella mujer en el hotel Plaza y pensé que eras tú. Tu cariñosa reconvención: los retratos tontos no cobran vida.

Vosotros tres.

Sois los primeros a quienes encontraré al otro lado.

James Ellroy nació en Los Ángeles en 1948. Cuando sus padres se divorciaron en 1954, se mudó con su madre a El Monte, una zona deprimida de Los Ángeles en la que, poco después, ella sería asesinada. Después de años de delincuencia, alcohol y drogas, Ellroy decidió rehacer su vida y retratar en sus novelas el oscuro mundo de los bajos fondos. Entre sus obras más conocidas se encuentran *La Dalia Negra* y *L.A. Confidential*, que fueron llevadas al cine y se convirtieron en grandes éxitos de ventas y crítica. Junto con *El gran desierto* y *Jazz blanco*, conforman el Cuarteto de Los Ángeles, tetralogía que se ha convertido en un clásico de la novela del siglo XX, y que Literatura Random House ha recuperado. *América* fue considerada la mejor novela de 1995 por la revista *Time*, y al año siguiente sus memorias, *Mis rincones oscuros*, publicadas también en este sello, volvieron a ser designadas mejor libro del año por *Time* y uno de los mejores libros del año por *The New York Times*. En 2001, otra de sus novelas, Seis de los grandes, volvió a ser elegida mejor libro del año, esta vez por *Los Angeles Times*, y uno de los mejores libros del año por *The New York Times*. Este sello también ha publicado su libro autobiográfico *A la caza de la mujer*, y los dos primeros volúmenes de un segundo Cuarteto de Los Ángeles, inaugurado por *Perfidia* y que continúa con *Esta tormenta*. En 2018 James Ellroy fue galardonado en el Premio Pepe Carvalho al conjunto de su obra. En 2022, Random House publicó *Pánico*, la continuación de *Esta tormenta*.

James Ellroy reporta aquí el despiadado asesinato de Janice y Emily en 1963, con un brutal entramado de violencia policial que cambió el curso de la historia del derecho.

Con una escritura a trompicones, al más puro estilo de los informes policiales y basándose en hechos reales, Ellroy reporta el caso del asesinato de Janice y Emily en 1963. De pronto Janice no se presenta al trabajo y Emily no acude a una comida con una amiga. Cuando Pat, compañera de piso de ambas, llega a casa después de haber recibido y hecho ella misma llamadas intentando localizarlas durante todo el día, encuentra una escena dantesca. Entonces decide llamar a los padres de Janice y a la policía. La investigación pasa a centrarse en Janice, dado que ella, a diferencia de Emily, aparece desnuda y destripada. La fecha del crimen es difícil de olvidar, ya que Nueva York entero se puso en

pie para manifestarse por derechos civiles. La policía empieza a investigar a los amigos y la vida amorosa de las chicas, sobre todo de Janice, y los padres de ella participan activamente en la búsqueda de indicios. Finalmente, arrestan a Ricky Robles, un tipo bastante conocido en comisaria por acumular diversos antecedentes, pero tiene una coartada bastante firme para el día del asesinato.

Poco tiempo después, en Brooklyn, una chica aparece asesinada y violada y también se reporta un intento de los mismos delitos a otra joven. La policía investiga y dan con el que la chica superviviente identifica como su atacante: George Whitmore, un joven chico negro al que extorsionan para que vaya confesando todo lo que la policía quiere. Es evidente que el tiempo se les echa encima y necesitan culpar a alguien también del caso de Janice y Emily. Dada la presión a la que es sometido, George llega incluso a confesar que la chica que aparece en una foto que lleva en el bolsillo es Janice. Todo lo que la policía sugiere lo acaba aceptando como cierto y se declara culpable por el asesinato de las chicas. Pero los padres de Janice, por ejemplo, desmienten que la chica de la foto sea su hija y se empieza a entrever la coacción a la que el chico ha sido empujado por la policía.

Nueva York vive una repentina crisis de desabastecimiento de droga y, a raíz de un asesinato callejero, el acusado del mismo dice tener información sobre el caso de las chicas y acusa a Ricky Robles. Un sector de la policía afirma que George fue coaccionado para confesar. Sin embargo, eso no es suficiente para salvarlo, ya que es imposible negar que sus declaraciones existen y pueden ser tomadas como válidas por un juez. Tras juicios, grabaciones secretas, interrogatorios y deliberaciones, Ricky es declarado culpable. Y el caso de George allanó el camino hacia los imprescindibles Derechos de Miranda, es decir, la popular advertencia que todo policía está obligado a pronunciar para avisar a un acusado que dispone del derecho a no declarar, que cualquier cosa que diga puede ser usada en su contra y que, si no puede pagar un abogado, el gobierno le asignará uno de oficio.

Descubre la biblioteca de James Ellroy

El cuarteto de Los Ángeles

A la caza de la mujer

Perfidia

Mis rincones oscuros

Pánico

Esta tormenta

Primera edición: enero de 2023

© 2023, James Ellroy
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Carlos Milla Soler

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: © Getty Images / Bettmann

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del copyright. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-12451-77-1

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Contenido

El caso Wylie-Hoffert

1. Nuestras chicas
2. El hermano George
3. Resurge Ricky

Sobre James Ellroy

Sobre este libro

Descubre la biblioteca de James Ellroy

Créditos